

Historia de las utopías

Lewis Mumford

ÍNDICE

PREFACIO	9
AGRADECIMIENTOS	21
CAPÍTULO UNO	23
<i>De cómo la voluntad de utopía hace que el hombre viva en dos mundos y de cómo, en consecuencia, releemos la historia de las utopías, la otra mitad de la historia de la humanidad.</i>	
CAPÍTULO DOS	39
<i>De cómo los griegos vivían en un Mundo Nuevo y de cómo la utopía parecía estar a la vuelta de la esquina. De cómo a Platón, en la República, le preocupa principalmente lo que le permitirá preservar la ciudad ideal.</i>	
CAPÍTULO TRES	67
<i>De cómo algo le ocurrió a la utopía entre Platón y Tomás Moro; y de cómo la utopía fue redescubierta junto con el Nuevo Mundo.</i>	
CAPÍTULO CUARTO	87
<i>De cómo el nuevo humanismo del Renacimiento nos pone a las puertas de Cristiónópolis; y de cómo, por primera vez, tenemos un atisbo de la utopía moderna.</i>	
CAPÍTULO QUINTO	105
<i>De cómo Bacon y Campanella, utopistas de gran reputación, son poco más que réplicas de los que les precedieron.</i>	

CAPÍTULO SEXTO	113
<i>De cómo algo sucedió en el siglo XVIII que puso a los hombres a «pensar furiosamente» y de cómo todo un conjunto de utopías emergió de la tierra revuelta del industrialismo.</i>	
CAPÍTULO SIETE	129
<i>De cómo algunos utopistas pensaban que, en última instancia, una buena comunidad descansa en la división y el uso correctos de la tierra; y sobre qué tipo de comunidades proyectaron semejantes «animales terrestres».</i>	
CAPÍTULO OCHO	143
<i>De cómo Étienne Cabet soñó con un nuevo Napoleón llamado Ícaro y con una nueva Francia llamada Icaria; y de cómo esta utopía, junto con la que Edward Bellamy nos muestra en El año 2000, una visión retrospectiva, nos da una idea de hasta dónde podría llevarnos la maquinaria si se nacionalizase la organización industrial.</i>	
CAPÍTULO NUEVE	163
<i>De cómo William Morris y W. H. Hudson renuevan la tradición clásica de las utopías; y de cómo, finalmente, H. G. Wells resume y clarifica las utopías del pasado, poniéndolas en contacto con el mundo del presente.</i>	
CAPÍTULO DIEZ	181
<i>De cómo la Casa Solariega y Coketown se convirtieron en las utopías de la Edad Moderna y transformaron el mundo a su imagen.</i>	
CAPÍTULO ONCE	221
<i>De cómo hacer balance de las utopías parciales.</i>	
CAPÍTULO DOCE	249
<i>De cómo los medios-mundos se van y cómo la eutopía puede llegar; y de lo que necesitamos antes de poder construir Jerusalén en cualquier tierra verde y placentera.</i>	
BIBLIOGRAFÍA	289

«Un mapamundi que no incluya Utopía ni siquiera merece un vistazo...».

Oscar Wilde,
El alma del hombre bajo el socialismo
(1891)

CAPÍTULO UNO

De cómo la voluntad de utopía hace que el hombre viva en dos mundos y de cómo, en consecuencia, releemos la historia de las utopías, la otra mitad de la historia de la humanidad.

I

DURANTE MUCHO TIEMPO, UTOPIA ha sido otra forma de llamar a lo irreal y lo imposible. Tendemos a confrontar la utopía con el mundo, cuando, de hecho, son las utopías las nos hacen el mundo tolerable: las ciudades y mansiones con las que sueña la gente son aquellas que finalmente habita. Cuanto más reacciona el hombre ante el ambiente y lo reconfigura conforme a un patrón humano, más claramente demuestra que sigue viviendo en la utopía. Cuando, sin embargo, se abre una brecha entre el mundo cotidiano y el ultramundo de la utopía, reparamos en el papel que la voluntad de utopía ha desempeñado en nuestras vidas y percibimos nuestra utopía como una realidad separada.

Es precisamente la utopía en cuanto realidad separada lo que vamos a explorar a lo largo de este libro, la Utopía como un mundo en sí mismo, dividido en *commonwealths* ideales, con todas sus comunidades agrupadas en soberbias ciudades que aspiran valientemente a la vida buena.

El debate en torno a las *commonwealths* ideales adquiere su forma y su color de la época en que se escribe. La *República* de Pla-

tón data del periodo de desintegración social que siguió a la Guerra del Peloponeso y es probable que parte de su mordacidad y su coraje deriven de las desesperanzadas condiciones que Platón tenía ante los ojos. También era un periodo de similar violencia y desorden en el que estaba inmerso Tomás Moro cuando puso los cimientos de su *commonwealth* imaginaria: Utopía era el puente mediante el que pretendía superar el foso abierto entre el viejo orden de la Edad Media y los nuevos intereses e instituciones del Renacimiento.

Al presentar esta historia crítica de las utopías tal vez nos veamos empujados por los mismos intereses que impulsaron a Platón y a Moro, pues solo tras la tormenta nos atrevemos a buscar el arcoíris. La caída en una sima de desilusión nos ha servido de estímulo para debatir de forma más rigurosa sobre los bienes últimos, sobre los fines básicos y sobre la completa concepción de la «vida buena» por la que nos hemos orientado en los tiempos modernos. Irrumpamos en esos tibios y letárgicos debates que no dejan de surgir en torno a las leyes secas, las huelgas y las conferencias de «paz» con el mandato de hablar sobre lo fundamental: ¡la utopía!

2

EL HOMBRE camina con los pies en el suelo y la cabeza en el aire, y la historia de lo que ha pasado en la tierra —la historia de las ciudades y de los ejércitos y de todas las cosas que han tenido cuerpo y forma— es solo la mitad de la historia de la humanidad.

En cualquier época, el decorado externo que ha servido de marco al drama humano se ha mantenido más o menos igual. Se han dado fluctuaciones en el clima y cambios en el terreno, y en

ocasiones se alzó una gran civilización —como la de los mayas en Centroamérica— donde ahora solo queda un espeso entramado de selvas. Pero las colinas que rodean Jerusalén son las colinas que vio David y, en términos históricos, la inundación de una ciudad holandesa o una ola de construcción desenfrenada a lo largo de la costa de Nueva Jersey son poco más que un desconchado en la pintura o una grieta en la escayola de ese decorado. Huelga decir que lo que llamamos mundo material cambia constantemente: las montañas pierden sus árboles y se transforman en tierras baldías; se riegan y aran los desiertos y se convierten en jardines. Pero los perfiles básicos se mantienen, sin embargo, perfectamente reconocibles; de ahí que, en tiempos de los romanos, habríamos viajado más seguros con un mapa moderno que con la mejor carta de navegación que Ptolomeo pudiera ofrecernos.

Si el mundo en el que viven los hombres fuese el mundo que describen los geógrafos físicos, la vida no sería demasiado complicada. Podríamos seguir el consejo de Whitman y vivir como los animales, y dejar definitivamente de lamentarnos por nuestros pecados e imperfecciones.

Lo que convierte la historia humana en un relato tan incierto y fascinante es que el hombre vive en dos mundos —el mundo de dentro y el de fuera—, y que el mundo mental de los hombres ha experimentado transformaciones que han desintegrado las cosas materiales con el poder y la rapidez del radio. Me tomaré la libertad de llamar a ese mundo interior nuestro *idolum* o mundo de las ideas. La palabra «ideas» no se emplea aquí exactamente en su sentido ordinario. La utilizo más bien para significar lo que los filósofos llamarían el mundo subjetivo y lo que los teólogos llamarían tal vez el mundo espiritual. Me propongo, pues, incluir en ella todas las filosofías, fantasías, racionalizaciones, proyecciones, imágenes y opiniones conforme a las cuales la gente modela su comportamiento. Dicho mundo de las ideas en ocasiones guarda

un parecido aproximado con lo que la gente llama el mundo —como es el caso de las verdades científicas—, pero es importante señalar que posee unos contornos propios que son perfectamente independientes del entorno material.

Así pues, el mundo físico es algo definitivo e ineludible. Sus límites son estrechos y claros. Ocasionalmente y si el impulso es lo bastante fuerte, podemos cambiar la tierra por el mar o un clima cálido por otro fresco, pero no podemos desconectarnos del entorno físico sin poner fin a nuestra vida. Para bien o para mal, debemos respirar oxígeno, ingerir comida y beber agua, y el castigo por no satisfacer tales exigencias resulta inexorable. Solo un lunático rehusaría reconocer ese entorno físico; es el substrato de nuestra vida diaria.

Pero si el entorno físico es la tierra, el mundo de las ideas corresponde a los cielos. Dormimos bajo la luz de unas estrellas que hace mucho tiempo dejaron de existir y basamos nuestro comportamiento en ideas que dejan de tener realidad en cuanto cesamos de creer en ellas. Mientras mantiene su consistencia, ese mundo de las ideas —ese *idolum*— es casi tan sólido, casi tan real e ineludible como los ladrillos de nuestros hogares o el asfalto que pisamos. La «creencia» en que el mundo era plano fue, en otro tiempo, más importante que el «hecho» de que fuera redondo, pues dicha creencia impidió que los marinos del mundo medieval se internasen mar adentro de forma tan efectiva como lo habrían hecho una flota de cañoneros o una barrera de minas flotantes. Una idea es un hecho sólido, una teoría es un hecho sólido, una superstición es un hecho sólido mientras la gente continúe regulando sus acciones conforme a esa idea, teoría o superstición, y no dejan de ser menos sólidas porque se transmitan mediante imágenes o sonidos.

EL MUNDO de las ideas sirve a diversos propósitos. Dos de ellos tienen un gran peso en nuestra investigación sobre la utopía. Por un lado, el pseudoentorno o *idolum* es un sustituto del mundo exterior: una suerte de casa o refugio al que escapamos cuando nuestros choques con la «dura realidad» se hacen demasiado complicados de sobrellevar o demasiado difíciles de afrontar. Por otro, por medio del *idolum* los hechos del mundo cotidiano, condensados, clasificados y filtrados, configuran un nuevo tipo de realidad que se proyecta contra el mundo exterior. Una de sus funciones es la fuga o la compensación: la búsqueda de una liberación inmediata de las dificultades o las frustraciones que nos han tocado en suerte. La otra es tratar de establecer las condiciones de nuestra liberación futura. Llamaré a las utopías correspondientes a esas dos funciones utopías de escape y utopías de reconstrucción, respectivamente. La primera deja el mundo tal como es; la segunda trata de cambiarlo, de forma que podamos interactuar con él en nuestros propios términos. En un caso, construimos castillos imposibles en el aire; en el otro, consultamos al agrimensor, al arquitecto y al albañil y procedemos a la construcción de una casa que satisfaga nuestras necesidades básicas, hasta el punto —claro está— en que las casas hechas de piedra y argamasa puedan lograr tal fin.

¿POR QUÉ habríamos de suponer, entonces, que es necesario hablar de la utopía y del mundo de las ideas? ¿Por qué no deberíamos preferir el seguro regazo del entorno material, en lugar de

